

UN BUSTO MAGNIFICO



C.S. 18.011

Efectivamente, en poco tiempo podréis dar a vuestro busto la forma y la elasticidad que hacen que toda mujer se sienta orgullosa de poseer formas perfectas. Sabed que ahora, sin necesidad de tratamientos internos podeis obtener un busto bien desarrollado que proporciona a aquellas que lo posean la confianza en si mismas y el orgullo de poseer una bella silueta.

Existen tres fórmulas, elija la que necesite:

- n.º 1. Para el busto demasiado pequeño.
- n.º 2. Para el busto flácido.
- n.º 3. Para el busto demasiado desarrollado.

VALE

para enviar (o su copia)
83 LAB. SVELTOR
C. Vives y Tutó, 51
Barcelona-17

Le enviaremos:

- 1.º) una dosis de nuestro tratamiento PLASTO SEIN en la fórmula adecuada a su caso, etc....
- 2.º) una información completa.
- 3.º) una oferta para efectuar un tratamiento sin ningún desembolso.

Plasto-Sein

PARIS MILAN LAUSANA LISBOA BREGENZ LIEJA BARCELONA



IR DE TIENDAS

CUANDO la esposa dice al marido «voy de tiendas», pueden ocurrir dos cosas: que se desencadenen una tormenta conyugal matizada con frases como «no piensas más que en gastar dinero» —dicha por él— y «no tengo nada que ponerte» —dicho por ella—, o que el marido recuerde todas las virtudes que sin duda tiene su mujercita y acepte con resignación esta pequeña debilidad porque, al fin y al cabo, alguna hay que tener.

Lo que no ocurre jamás es que él imagine lo que de verdad supone para una mujer el «ir de tiendas». En su cerebro masculino, amigo de lo concreto, no cabe más que una conjetura: ella necesita un vestido, entra en el comercio de tejidos más cercano, dice si lo quiere de tal o cual color, se lo cortan, paga y sale. Por lo menos, eso es lo que él hace cuando decide comprarse algo.

Pero las mujeres, en estos asuntos, obramos de muy distinta manera. Un vestido nuevo, para nosotras, no es una prenda destinada a hacernos ir decentemente por el mundo. Es mucho más: la posibilidad de una transformación hacia lo maravilloso; de aparecer, de pronto, más jóvenes, más estilizadas, más seductoras. Un vestido nuevo encierra un misterio que puede revelarse —y revelarnos— lleno de insospechados encantos.

Por eso, antes de decidir la compra, nos acometen terribles dudas; recorremos no ya las tiendas que están cerca de casa, sino todas las que nuestro olfato y el de nuestras amigas nos aconsejan, hojeamos revistas de moda, miramos escaparates.

Un error en la elección puede llevarnos al fracaso de nuestros sueños. Y un sueño malogrado, aun en cosas tan aparentemente banales como éstas, deja siempre una arruguita en algún sitio de la cara o del corazón.

Por fin nos decidimos a dar el paso. Entramos en la tienda y decimos:

—Quisiera una tela para vestido...
El dependiente, duchos en estas lides, intenta hacernos "precisar un poco más."
—¿En qué color?

Horrible vacilación. Es verdad que en un principio habíamos pensado hacernoslo azul; pero de pronto recordamos

que el azul no favorece a las morenas. El verde, sí. Pero ya tenemos uno. Y el blanco, que sienta tan bien a todo el mundo, es tan sucio... Optamos por costar vagamente:

—Enséñeme los que tiene, a ver...

Sobre el mostrador comienzan a desenvolverse telas de todos los tonos del arco iris y de otros muchos compuestos por el hombre que, en punto a invención con fines comerciales, deja a los fenómenos de la naturaleza así de chiquitos.

En ese momento pensamos que es una tontería hacerse un vestido de color liso en verano. ¿No florecen las plantas? ¿No brilla el sol y no tenemos el ánimo más alegre que nunca? Estampados. Eso es lo que nos hace falta. Que parezcamos florecidas nosotras también.

El empleado se hace cargo. Empuja hacia un lado las piezas desechadas y deja sitio para otras con dibujos abstractos y concretos, a cual más seductor.

La duda aumenta, nos hace sufrir, nos aplasta. ¿No resultaremos gordísimas con estos girasoles de tamaño natural? ¿No nos harán sosas estos lunares azules sobre fondo blanco, tan vistosos ya?

El dependiente, discretamente, mira su reloj. Es casi la hora de cerrar. No queda tiempo para más vacilaciones. Ha de ser ahora o nunca. Y, llenas de coraje, tomamos una decisión.

Cuando llegamos a casa, agotadas, deseando quitarnos los zapatos y nuestro marido nos pregunta «¿te has comprado la tela para el vestido?», le enseñamos, triunfantes, tres trocitos diminutos cortados de otras tantas piezas: uno de lunares, otro de ese blanco que siempre tiene que ir al tinte pero que sienta tan divinamente sobre la piel tostada y otro donde puede verse una puntita de aquellos girasoles que parecían de verdad.

El sonríe, divertido; y nosotras, acostumbadas a su incompreensión, examinamos aún varios días las tres muestritas para estar seguras, absolutamente seguras, de que no nos equivocaremos al elegir. Aunque luego acabemos comprando un precioso shantung negro que, bien pensado, es lo que va con todo y lo más elegante.

CARMEN VAZQUEZ-VIGO